



Pedro Hilario Silva

*Eufemia o
el país donde no existían
los cuentos*



BIBLIOTECA DIGITAL
APE QUEVEDO

Eufemia o el país donde no existían los cuentos

Dedicado a Italo Calvino, por
su maravilloso libro:

Las ciudades invisibles

DRAMATIS PERSONAE

- Narrador
- Reina
- Viajero 1
- Viajero 2
- Chambelán
- Capitán
- Gente de la corte

ACTO I

[Sobre el lado izquierdo del escenario un trono que mira al público. El lado derecho debe quedar diáfano, para que los viajeros puedan desenvolverse mientras narran los cuentos. También pueden dramatizarse los cuentos. En este caso, jugaremos con las luces. Cuando se desarrolle la acción dramática entre los viajeros y las gentes de la corte, se iluminará el lado derecho y el izquierdo permanecerá a oscuras. Cuando se dramaticen los cuentos, se iluminará el lado izquierdo y se mantendrá oscuro el lado derecho.]

NARRADOR: En la hermosa isla de Zenobia, donde colocamos nuestra escena, dos viajeros, llegadas de lejanas tierras, se enfrentaban a un terrible castigo; pues, a fin de ganarse la vida, habían relatado historias a sus gentes sin saber que esta acción estaba penada con la muerte.

Llevadas a presencia de la reina, impartidora de justicia en su reino, los viajeros tuvieron que enfrentarse a su terrible destino.

El modo en que lo hicieron y la manera en que este hecho cambio para siempre la vida de este pequeño reino va a ser durante la siguiente hora asunto de nuestra representación. Si nos prestáis atento oído, sabréis lo que allí aconteció.

REINA (Mira fijamente a los viajeros que se encuentran encadenado en su presencia): ¿De dónde sois, viajeros?

VIAJERO 1: Somos de la ciudad llamada *Eufemia*, Majestad.

REINA: No conozco esa ciudad, habladme de ella.

VIAJERO 1: *Eufemia* es una ciudad hermosa, majestad. A ella llegan los mercaderes de siete naciones en cada solsticio y en cada equinoccio, con su carga de jengibre y algodón en rama y allí, en sus mercados, las caravanas descargan costales de nuez moscada y de pasas de uva que traen envueltas con rollos de muselina dorada. Es una ciudad hermosa, sin duda, admirada por todo los que la conocen, pero lo que la hace especial,

lo que impulsa a remontar ríos y atravesar desiertos para llegar hasta ella no es el trueque de mercancías que encuentras siempre iguales en todos los bazares dentro y fuera del imperio del Gran Kan. No, lo que atrae a las gentes a Eufemia es el modo en que al caer la noche, junto a las hogueras que rodean el mercado, sentados sobre sacos o barriles o tendidos en montones de alfombras, a cada palabra que uno dice -como "lobo", "hermana", "tesoro escondido", "batalla", "sarna", "amantes"- los otros cuentan cada uno su historia de lobos, de hermanas, de tesoros, de sarna, de amantes, de batallas. Y tú sabes que en el largo viaje que te espera, cuando para permanecer despierto en el balanceo del camello o del junco se empiezan a evocar todos los recuerdos propios uno por uno, tu lobo se habrá convertido en otro lobo, tu hermana en una hermana diferente, tu batalla en otra batalla, al regresar de Eufemia, la ciudad donde se cambia la memoria en cada solsticio y en cada equinoccio (1).

CHAMBELÁN: Os han traído aquí porque habéis cometido un crimen execrable: os habéis atrevido a contar historias ficticias a las buenas gentes de nuestro reino. Un crimen por el que según nuestras leyes debéis morir.

REINA: Sin embargo, al escuchar tus palabras, viajero, me sorprende que el mayor valor de vuestra tierra es aquello que, desde hace generaciones, es en la mía el mayor delito. No soy una reina fanática, intransigente, y deseo saber. Explicadme cómo esto es posible y quizá sea benévola.

CHAMBELÁN: ¡Pero, majestad...? (La reina hace callar con un gesto de la mano al chambelán, quien, tras hacer una leve reverencia, guarda silencio, no sin antes mirar con odio a los dos viajeros.)

VIAJERO 2: Majestad, no puedo entender cómo contar historias puede ser un delito, hemos viajado mucho, hemos conocido innumerables lugares y personas, y en todas partes los seres humanos cuentan historias.

VIAJERO 1: En todas partes, mi reina, hemos conocido la fuerza transformadora de la creatividad humana escondida en unos relatos que, como la vida, nos traen amores y desamores, derrotas y triunfos, amistades y odios, desazones y esperanzas... Hemos descubierto que los seres humanos debemos sentirnos dichosos porque no solo se nos ha concedido experimentar vivencias que alguna tarde remota nos concedieron su estremecimiento fugaz e

inolvidable, sino porque se nos otorgó la palabra y con ella la capacidad de compartirlas, incluso de lograr que esos momentos persistan más allá de nosotros mismos.

REINA: Sí, sí, ya sé, conozco el don de la palabra y también su valor; pero no hablamos de los recuerdos, sino de los cuentos. Ese invento, como se nos ha transmitido generación tras generación, execrable y pernicioso.

CHAMBELÁN: (Dando un paso hacia adelante.): Si me permitís, majestad (La reina consiente con un gesto). Todos sabemos que la palabra *cuento* significa *suceso falso*, y en efecto, no hay cuento que no sea un *engaño*, un *embuste* revestido de *fascinación*. No en vano, decimos que *vivir del cuento* es vivir a costa de *engañar* a otros y *aprovecharse* de los demás. Todo relato, toda fantasía, siempre es un *engaño* en el que quien cuenta, busca *engatusar*, de un modo u otro, al que escucha, *hacerle creer* que existe lo que nunca ha existido ni existirá.

VIAJERO 2: Es cierto, majestad, en verdad es muy fácil conducir al equivoco y contaminar la realidad; el ser humano es dado a dejarse manipular con facilidad. Yo mismo os podría decir que

en la flor de la juventud abandoné mi querida ciudad de Eufemia al calor del mediodía y tras andar unos kilómetros me encontré con un vendedor de melones al que compré uno por un dinar. Lo corté en pedazos y en su interior descubrí una gran ciudad con bazares multicolores, suntuosos palacios y mezquitas. Me interné en el melón y admiré los edificios. También vi gente de muchas razas. Caminé mucho, tanto

que alcancé las afueras de la ciudad. Llegué a campos. Allí encontré una palmera que tenía unos dátiles de un metro. Como tenía hambre, me trepé al árbol para comer alguno. Cuando llegué arriba vi que muchos campesinos sembraban y cosechaban el trigo sobre las hojas. Comí un poco y luego bajé y seguí caminando. Entonces encontré a otro campesino que partía gran cantidad de huevos sobre el borde de un jarrón de piedra. De ellos salían infinidad de pollitos. Las gallinas volaban hacia la izquierda y los gallos hacia la derecha. Seguí caminando y me topé con un burro que llevaba tortitas de sésamo sobre el lomo. Corté un pedacito de una y me lo comí. Enseguida volví a encontrarme fuera del melón, que se cerró totalmente hasta quedar tal cual como yo lo había comprado (2).

VIAJERO 1: Veis, majestad, mi compañero podría contaros todo eso, pero, claro: ¿le creeríais? Claro que no. ¿Dónde se ha visto una ciudad dentro de un melón? Es absurdo. ¿Y quién cree, aunque se lo cuenten, que hay pollitos que salen de un huevo dando brincos con sólo cascarlo? La cuestión está en que, es cierto, el relato de mi amigo está lleno de mentiras; pero a nadie se le oculta que eso es así, y por eso dejan de serlo, para convertirse en otra cosa.

CHAMBELÁN: (De forma vehemente) ¿Y si no lo sabe? ¿Y si el que escucha no está precavido o desconoce la realidad de las cosas narradas? Detrás de un cuento siempre hay un inteligente mentiroso, un fantasioso embaucador que coge el atajo de captar la atención y el aprecio de los demás por la vía fácil del engaño. Sabe que las palabras no solo son cómodos sustitutos de los hechos, sino que puede hacer con ellas lo que desee. Vos mismo, ahora, buscáis

desorientarnos, confundirnos, manipularnos con vuestras palabras para disfrazar la realidad y llevarnos a vuestro terreno, justificando lo que no son nada más que fabulas absurdas, embusten que pretenden confundirnos, cuando no hacernos perder nuestro bien más valioso: el tiempo. Narrar siempre supone una evasión perversa y dañina.

VIAJERO 2: No niego que hay personas necias y crédulas, que parecieran no querer vivir fuera de lo que leen; pero no es culpa del cuento, sino de quien así vive. Es como cuando alguien dice "no he vivido más que lo que he leído", me parece una triste confesión, pues leer sobre la vida nunca debe impedirte vivirla. Sin embargo, es una decisión personal, no un efecto de los relatos. Cada uno de nosotros puede elegir, ya que, señor, como vos sabéis, como gente formada que sois, poseemos el libre albedrío y eso nos permite hacerlo... Dejarme decir la siguiente historia:

Un grupo de aspirantes discutía acaloradamente sobre si existía o no el destino. No lograban en absoluto ponerse de acuerdo, y las posturas de unos y otros eran cada vez más radicales. Acertó a pasar por allí un sabio y le pidieron que mediara en la discusión. Le expusieron el tema que estaban debatiendo y le cuestionaron si para él había destino o libre albedrío. Tras reflexionar unos instantes, sosegadamente, el sabio aseveró: — Sois como el cuervo y el búho: cada uno queriendo imponer al otro su punto de vista, si bien para el cuervo el día es el día y para el búho lo es la noche. ¿Por qué os extraviáis en actitudes tan radicales, en opiniones tan extremas? Los aspirantes se sintieron muy desconcertados y hasta un poco avergonzados. — Os voy a contar una

historia –agregó el sabio–. Se trataba de un magnífico zapatero, el mejor que nadie pudiera imaginar. Fabricaba los zapatos más bellos y a la vez más cómodos, pero he aquí, amigos míos, que nació en un país donde las personas carecían de pies. Eso es destino. Pero, escuchadme, no por ello el zapatero se amilanó, nada de eso. Como era muy creativo y sagaz, ¿para qué creéis que utilizó sus energías? Los aspirantes se miraron, intrigados, entre ellos y no supieron qué responder. El sabio, sonriente, agregó: — Pues utilizó sus facultades para comenzar a fabricar formidables guantes, puesto que en ese país las personas sí tenían manos. Eso es libre albedrío o voluntad. El sabio saludó con un pausado gesto de la cabeza y se alejó, pero a pesar de sus acertadas enseñanzas, los aspirantes, frenéticos, siguieron polemizando entre sí, cada vez sosteniendo entre ellos posturas más extremadas (3).

VIAJERO 1: Veréis, majestad, si algo he aprendido en mis viajes es que los humanos podemos ser muy distintos en nuestros modos de percibir y entender la realidad. Recuerdo a un hombre que estuvo a punto de ser condenado a morir por lo que un campesino creyó verle hacer; sin embargo, salvo la vida por lo que otro dijo sobre ese mismo hecho. ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la verdad? El relato, anterior, como muchos otros, nos habla de la incapacidad del ser humano para conocer en su totalidad la realidad y de que no es temerario decir que la realidad no es lo que es, sino lo que vemos. Pero de eso también nos hablan los cuentos. No sé si conocéis lo que les aconteció a un grupo de invidentes que pretendían explicarse cómo era un elefante.

REINA: Lo desconozco.

VIAJERO 1: Permitidme compartir con vos su historia (la reina hace un gesto de consentimiento con su mano).

Había una vez seis hombres ciegos que vivían en Indostán, que querían ampliar sus conocimientos y aprender cómo era un elefante, por lo que decidieron que cada uno, por la observación del tacto, podría satisfacer a su mente. El primero, al acercarse al elefante, chocó contra su lado ancho y fornido, por lo que en seguida empezó a gritar: ¡El elefante es muy similar a una pared!» El segundo, palpándole el colmillo, gritó: «Oh! lo que tenemos aquí, es muy cilíndrico, suave, y aguzado. Para mí esto es muy claro, esta maravilla de elefante es muy parecido a una lanza». El tercero se acercó al animal y tomó la trompa, la cual se retorció en sus manos. Así, audazmente dijo: «Yo veo», acotó, «que el elefante es igual que una serpiente» El cuarto extendió su ávida mano y se posó sobre la rodilla: A lo que más está bestia maravillosa se parece, es muy llano», comentó él; «Es bastante claro que el elefante es semejante a un árbol». El quinto, que se arriesgó a tocar la oreja, dijo: «Hasta el hombre más ciego puede decir a lo que esto más se parece: Niegue el hecho quien pueda, esta maravilla de elefante es igual que un abanico». El sexto, en cuanto empezó a tentar a la bestia, asió su cola oscilante. «Yo veo», dijo él, «que el elefante es como una sogá». Y así, estos hombres de Indostán continuaron disputando ruidosa y largamente. Cada uno se mantenía en su propia opinión, siempre más rígida y fuerte, por lo que no podían llegar a un

acuerdo ya que, como podemos ver, aunque cada uno estaba en parte en lo cierto, todos estaban errados (4).

REINA: Pero entonces, si eso fuera así, y todo dependiera del modo en que uno mira lo que le rodea, nada sería verdad ni mentira y el mundo perdería todos sus asideros, todo se convertiría en un juego de espejos, cuando no de espejismos, todo se volvería un sin sentido, un caos.

VIAJERO 2: Pero, mi reina, los cuentos no construyen ni destruyen el mundo, solo nos ayudan a organizarlo o a entenderlo. Solo nos lo acercan como una lupa, para que podamos entenderlo mejor. Dicen que el primer cuento surgió de la propia naturaleza del mundo, del sonido estridente del trueno, de la luz cegadora del rayo, del ciclo perpetuo de muerte y renacimiento del sol y la luna. ¿Cómo explicar aquello?

VIAJERO 1: El mundo estaba, y está, lleno de historias que buscaban ser contadas, porque el ser humano quiere conocer, quiere explicar el mundo que le rodea. Aunque, majestad, nosotros sabemos que todo proviene del Creador, los paganos e ignorante tuvieron, en su barbarie, que buscar un modo para entender lo que no conocían, y de allí surgieron curiosas historias.

REINA: Entonces, viajero, está claro, por lo decís, que los cuentos surgen de la ignorancia.

VIAJERO 1: No, mi reina, surgen de todo lo contrario, surgen del deseo de conocer; de la necesidad de saber, emanan de nuestras

preguntas, de nuestra profunda e insaciable curiosidad. Cómo surgió el océano, por qué crece la hierba... Permittedme contaros una de esas historias:

Hace mucho tiempo, el lago Titicaca era un valle fértil poblado de hombres que vivían felices y tranquilos. Nada les faltaba; la tierra era rica y les procuraba todo lo que necesitaban. Sobre esta tierra no se conocía ni la muerte, ni el odio, ni la ambición. Los Apus, los dioses de las montañas, protegían a los seres humanos. No les prohibieron más que una sola cosa: nadie debía subir a la cima de las montañas donde ardía el Fuego Sagrado. Durante largo tiempo, los hombres no pensaron en infringir esta orden de los dioses. Pero el diablo, espíritu maligno condenado a vivir en la oscuridad, no soportaba ver a los hombres vivir tan tranquilamente en el valle. Él se ingenió para dividir a los hombres sembrando la discordia. Les pidió probar su coraje yendo a buscar el Fuego Sagrado a la cima de las montañas. Entonces un buen día, al alba, los hombres comenzaron a escalar la cima de las montañas, pero a medio camino fueron sorprendidos por los Apus. Estos comprendieron que los hombres habían desobedecido y decidieron exterminarlos. Miles de pumas salieron de las cavernas y se devoraron a los hombres que suplicaban al diablo por ayuda. Pero éste permanecía insensible a sus súplicas. Viendo eso, Inti, el dios del Sol, se puso a llorar. Sus lágrimas eran tan abundantes que en cuarenta días inundaron el valle. Un hombre y una mujer solamente llegaron a salvarse sobre una barca de junco. Cuando el sol brilló de nuevo, el hombre y la mujer no creían a sus ojos: bajo el cielo azul y puro, estaban en medio de un lago inmenso. En medio de esas aguas

flotaban los pumas que estaban ahogados y transformados en estatuas de piedra. Llamaron entonces al lago Titicaca, el lago de los pumas de piedra (5).

CHAMBELÁN: Pero todo el mundo sabe que eso es una patraña, un lago no se forma así ni los pumas pueden transformarse en piedras. El que dijo eso a sus gentes no hacía otra cosa que tratarlas como a criaturas ingenuas y simples. Como intentáis tratarlos ahora a nosotros

VIAJERO 1: Ciertamente, se dirigía a la inocencia, pero desde la que el mismo tenía. El que contaba esa historia no sabía cómo se formaban en verdad los lagos, solo intentaba explicarlo y, para ello, recurría a símbolos que le ayudaban a comprender y que todos podían entender. No había engaño, pues no decía que algo era de un modo a sabiendas que era de otro.

VIAJERO 2: Otras veces, los cuentos no tratan de explicar un hecho o cómo se ha configurado el mundo, sino que miran hacia nosotros mismos, nacen de nuestra necesidad profunda de conocernos, de saber quiénes somos realmente. Lo cierto es que, de un modo u otro, todas las historias hablan de nuestros miedos, nuestros deseos, nuestras inseguridades, nuestras esperanzas... ¿Cómo si no, podríamos entender este relato?:

Un día un escorpión le pidió a una rana que lo cargara para cruzar el río, la rana le dijo: —¿Cómo sé que no me picarás? El escorpión respondió: — Porque haría que ambos nos ahogáramos. La rana aceptó; y a la mitad del río el escorpión picó a la rana. Cuando la rana le preguntó ¿por qué?, si los

dos vamos a morir; el escorpión respondió: —es mi naturaleza. (6).

REINA: Inquietante historia, sin duda... (La reina calló un instante mientras parecía meditar sobre algo lejano), y no puedo negarlo... me ha provocado desazón. Pero decidme, por lo que deduzco de vuestras palabras, un relato debe siempre enseñarnos algo sobre quiénes somos.

VIAJERO 1: Creo, majestad, que de un buen relato siempre es posible extraer algún aprendizaje. Al menos, podemos confrontar nuestro juicio y vidas con otras y aprender de los comportamientos de los demás. Los relatos están llenos de experiencias de todo tipo, y, sí, majestad, de enseñanzas. Escuchad lo que se cuenta que les pasó a dos amigos:

*A dos amigos se les apareció un oso:
El uno muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura.
El otro, abandonado a la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin olerlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento;
Y así, se fue diciendo sin recelo:
«Este está tan muerto como mi abuelo.»*

*Entonces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero
Corre, y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesión alguna,
Y al fin le dice: «Sepas que he notado
Que el oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser?» «Direte lo que ha sido;
Estas dos palabricas al oído:
Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en riesgo, te abandona. (7)*

[En ese momento, un capitán de la guardia pide permiso para entrar. La reina se lo otorga con un leve movimiento de su mano]

CAPITAN: Majestad, perdonad que ose interrumpiros, pero lo que me obliga a hacerlo es grave.

REINA: Hablad entonces sin demora, capitán.

CAPITAN: Vuestro hermano, el rey de Leonia, ha enviado un embajador que exige veros de inmediato.

REINA: ¿Un embajador de mi hermano? ¿Aquí? Bien, lo recibiré ahora. (Mirando al Chambelán) Llevaos a los prisioneros, y que la guardia los mantenga en palacio. Volved luego y esperad en la sala contigua a que os llame. Capitán, id a por el embajador. Veamos con qué nueva ocurrencia nos sorprende esta vez mi hermano.

Eufemia o el país donde no existían los cuentos

CAPITAN: Sí, majestad.

[Mientras todos van saliendo, el escenario queda a oscuras]

[FIN DEL ACTO I]

ACTO II

[Salón del trono. La reina está sentada y el chambelán está junto a ella]

REINA: Chambelán, decid a la guardia que traigan a mi presencia a los dos narradores.

CHAMBELÁN: Pero, majestad, perdonad, ¿no creéis que hay cosas más importantes que tratar que los razonamientos tendenciosos de dos delincuentes?

REINA: Desde cuando decís lo que debo o no debo considerar importante, chambelán. Haré como que no os he oído. Id y cumplid mis ordenes

CHAMBELÁN: Perdonad, majestad. No era mi intención, yo solo...

[La reina le manda callar con un gesto. El Chambelán guarda silencio y tras hacer una reverencia hace mutis por el foro. Al cabo de unos instantes vuelve a entrar seguido de los dos narradores, que llegan custodiados por varios soldados. Tras ponerlos de rodilla delante de la reina, los soldados retroceden.]

REINA: Mi chambelán me aconseja que, en un momento como este, no pierda mi tiempo con dos malhechores como vosotros y os entregue al verdugo sin dilación, pero quiero aún que me expliquéis algo.

[Durante unos instantes se mantiene en silencio, mirando fijamente a los dos viajeros]. ¿Es posible que un cuento muestre cosas que no podemos ver, aunque estén delante de nosotros?

VIAJERO 2: Veréis, majestad, un cuento siempre es una ventana por la que podemos mirar y descubrir cosas que no conocíamos, unas veces son cosas exóticas, lejanas, y otras veces son cosas próximas, cercanas a nosotros y en las que, muchas veces, no nos habíamos fijado, pero que nos acompañan. Oíd, por favor, esta historia:

Este es el cuento de nunca acabar.

Comenzando con que no se decidía si iniciar con el clásico «Había una vez», con el «Érase que se era» de gran abolengo y tradición, o con un principio moderno, corto e impactante.

Además, el tema aún no estaba definido, ni tampoco el estilo. Podría ser de misterio, romántico, de terror, para reír, para llorar, para pensar, histórico, tradicional, futurista, infantil, para adultos... ¡o todo a la vez!

Y cuando creía que todo se aclaraba y resolvía, entonces la trama se enredaba, se desenredaba y se volvía a complicar volviéndose un embrollo.

Aunque decían que la historia no tenía pies, ni cabeza, ni panza, ni lengua, ni orejas, realmente tenía muchas, tal vez demasiadas...

Los personajes estaban desesperados porque de un momento a otro tenían que cambiar de papel, de ánimo, de edad y hasta de sexo, sin que se estableciera en concreto cuántos y cuáles serían los participantes.

Finalmente, no había consenso sobre cómo terminaría la historia o si resultaría con un final abierto.

Era la historia de todos nosotros... los que fuimos, los que somos y los que seremos...

O sea: la misma historia de siempre.

VIAJERO 1: Pero, además, señora, incluso cuando imaginamos cosas imposibles, la ficción es un producto vicario de nuestra realidad, de un modo u otro, imita a la vida. A pesar de lo extraño que puedan parecernos algunos relatos lo cierto es que sin la realidad a la que referirse no serían nada. Es innegable que a través de los cuentos vemos el mundo con una mirada especial, desentrañando aspectos que quizá se nos escaparían en una mirada directa. Esto no quiere decir que, a veces, un cuento puede ser simplemente un juego, y que

no importa tanto lo que en él se dice como el modo de decirlo. Recuerdo una historia que decía:

Los que querían dormir, no por cansancio, sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse durante

horas y horas los mismos chistes, a complicar hasta los límites de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que no, el narrador decía que no les había pedido que dijeran que no, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y nadie podía irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches enteras.

CHAMBELÁN: Perdonad, majestad, pero debo insistir: ¿qué hacemos escuchando este sinsentido? Para estos dos delincuentes está claro que un cuento lo es todo, la verdad, la mentira, la realidad, lo

próximo, lo lejano... cualquier cosa que les ayude a escapar sin castigo. ¿Quiénes son para poner en duda nuestras leyes?

REINA: Cierto es que las leyes de nuestro pueblo son antiguas y sabias. Hemos vivido bien con ella desde tiempos inmemoriales y no hay razones para cambiarlas.

VIAJERO 1: Por supuesto, en ningún caso es esa nuestra intención. ¿Quiénes somos nosotros, majestad, para poner vuestras leyes en tela de juicio? No somos, ni pretendemos serlo, leguleyos que den lecciones de derecho o normativa.

VIAJERO 2: Pero, mi reina, hemos viajado mucho y hemos aprendido algo: muchas cosas con el paso del tiempo cambian, pues el ser humano evoluciona, y transforma su modo de comportarse, su manera de ver el mundo... Nada malo hay en reconocer...

CHAMBELÁN: (Interrumpiéndolo con brusquedad) ¿Cómo os atrevéis? ¿Queréis decir que nuestra forma de vivir no es la más mejor de las posibles? ¿Qué hemos de cambiar? Creo, mi reina, que ya está claro lo que intentan: introducir de nuevo el virus de la rebelión que tanto nos ha costado erradicar.

REINA: ¿Es eso cierto? ¿Acaso la ficción, como afirma mi vehementemente chambelán, puede hacer brotar la insumisión, el desconcierto, la anarquía, allí donde no existe?

VIAJERO 2: Los cuentos reflejan y enseñan, pero no creo que sean responsables de nada que no hubiera sucedido sin ellos, Majestad. Recuerdo lo que se contaba en un país del norte:

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada. Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

VIAJERO 2: El cuento, mi reina, solo hace que nos fijemos en lo extraño o maravilloso del comportamiento, pero no lo promueve, o no lo hace necesariamente. La ficción no hizo de Damón y Pitias lo que eran, el relato de sus actos solo nos hizo ver lo hermoso de su forma de ser:

Damón y Pitias habían sido grandes amigos desde la infancia. Confiaban el uno en el otro como hermanos y ambos tenían la completa certeza de que no había nada que no fueran capaces de hacer por su amigo. Al final les llegó el momento de demostrar su lealtad.

Dionisio, el tirano de Siracusa, se enfureció cuando oyó hablar de los discursos que estaba pronunciando Pitias. El joven estudiante le decía a su público que ningún hombre debería ostentar un poder ilimitado sobre otro, y que los tiranos eran tiranos e injustos. En un ataque de cólera, Dionisio hizo llamar a Pitias y a su amigo.

—¿Quién te crees que eres para difundir tales cosas? —inquirió el rey.

—Tan sólo difundo la verdad —respondió Pitias—. No puede haber nada malo en ello.

—¿Y sostiene tu verdad que los reyes ostentan demasiado poder y que sus leyes no son justas para sus súbditos?

—Si un rey ha llegado al poder sin el consentimiento del pueblo, entonces eso es lo que digo.

—Esa clase de discurso es un acto de traición —exclamó Dionisio—. Estás conspirando para derrocarme. Retráctate de tus palabras o atenté a las consecuencias.

—No me retractaré de nada —contestó Pitias.

—Entonces morirás. ¿Tienes alguna última voluntad?

—Sí. Deja que regrese a mi casa el tiempo suficiente para despedirme de mi esposa y mis hijos y dejar las cosas en orden en mi hogar.

—Veo que no sólo crees que soy injusto, también crees que soy idiota —rió Dionisio con desdén. Si te dejo marchar de Siracusa, no me cabe duda de que no volveré a verte.

—Dejaré algo en prenda —dijo Pitias.

—¿Qué tipo de prenda podrías dejarme para hacerme creer que algún día volverás? —preguntó Dionisio. En ese instante,

Damón, que había permanecido en silencio junto a su amigo, dio un paso al frente.

—Yo seré su prenda —dijo— permaneceré como prisionero aquí, en Siracusa, hasta que Pitias regrese. Nuestra amistad es de sobra conocida. Puedes estar seguro de que Pitias regresará mientras me tengas a mí. Dionisio observó a los dos amigos en silencio.

—Muy bien —dijo al fin—, pero si estás dispuesto a ocupar el lugar de tu amigo, debes estar dispuesto también a aceptar su sentencia si rompe su promesa. Si Pitias no regresa a Siracusa, morirás en su lugar.

—Cumpliré su promesa —respondió Damón—. No me cabe la menor duda.

Pitias obtuvo permiso para marchar en libertad por un tiempo y Damón fue encarcelado. Después de muchos días, al ver que Pitias no regresaba, la curiosidad de Dionisio pudo más que él y fue a la cárcel para ver si Damón se arrepentía de haber hecho aquel trato.

—Casi se te ha acabado el tiempo —dijo con sorna el rey de Siracusa—. Será inútil que pidas misericordia. Fuiste un necio al confiar en la promesa de tu amigo. ¿De verdad creíste que sacrificaría su vida por ti?

—Sólo se ha retrasado —respondió Damón con tranquilidad—. Estos vientos habrán impedido que se haga a la mar. Pero, llegará a tiempo. Confío tanto en su virtud como en mi propia existencia.

Dionisio se quedó perplejo ante la confianza del prisionero.

—Pronto lo veremos —dijo—, y dejó a Damón en su celda.

Por fin llegó el funesto día. Sacaron a Damón de la cárcel y lo llevaron ante el verdugo. Dionisio lo saludó con una petulante sonrisa.

—Parece que tu amigo no se ha presentado —se mofó—. ¿Qué piensas de él ahora?

—Es mi amigo —contestó Damón—. Confío en él.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando las puertas se abrieron de golpe y Pitias entró en la sala. Estaba pálido y herido y el agotamiento casi le impedía hablar. Corrió hacia los brazos de su amigo.

—Estás a salvo, gracias a los dioses —jadeó—. Parecía que los hados conspiraban contra nosotros. Mi barco naufragó en una tempestad y luego unos bandidos me asaltaron en el camino. Pero me negué a abandonar la esperanza y por fin he conseguido regresar a tiempo. Estoy dispuesto a recibir mi condena de muerte. Dionisio escuchó estas palabras lleno de asombro. Sus ojos y su corazón se emocionaron. Le resultó imposible resistirse al poder de semejante lealtad.

—La sentencia queda revocada —declaró—. Jamás creí que pudiera existir en la amistad semejante confianza y lealtad. Me habéis mostrado lo equivocado que estaba, y lo único justo es que seáis recompensados con la libertad. Pero os pido que, a cambio, me hagáis un gran favor.

— ¿Qué favor es ése? —preguntaron los amigos.

—Enseñadme cómo puedo ser partícipe de una amistad tan sincera.

VIAJERO 2: El cuento, majestad, nos muestra y nos hace pensar en lo que ha ocurrido o en lo que puede suceder, eso es cierto; pero no es la causa de lo que nos relata. A veces, es cierto nos muestra cosas aterradoras, incomprensibles, pero no las causa. Recuerdo un relato terrible, su lectura me hizo ver ciertos hechos de otro modo, pero... escuchad, por favor.

Me dirigía a Léchniuv, en donde se había instalado el estado mayor de la división. Mi compañero de viaje continuaba siendo Prischepa, joven kubanés, pícaro incansable, depurado comunista, futuro trapero, despreocupado, sifilítico y tardo mentiroso. Llevaba un caftán circasiano carmesí confeccionado con paño fino, y un capuchón aboatado caído sobre la espalda. Por el camino me contó su vida...

Hace un año, Prischepa huyó de los blancos. Como represalia, éstos tomaron como rehenes a los padres del joven y los fusilaron en la sección de contraespionaje. Los vecinos saquearon los bienes de la casa. Al ser expulsados los blancos del Kubán, Prischepa volvió a su aldea natal.

Ocurrió por la mañana, al amanecer, cuando el sueñito del mujik suspira bajo el agriado bochorno. Prischepa enganchó un carro oficial y fue por el pueblo recogiendo su gramófono, sus tinas de kvas y las toallas bordadas por su madre. Se

echó a la calle con abrigo negro y un puñal curvo en el cinto; el carro iba rodando detrás. Prischepa fue de un vecino a otro, y la huella sangrienta de sus plantas iba dejando un rastro tras él. En las casas donde el cosaco encontraba objetos de su madre o la pipa de su padre, dejaba viejas apuñaladas, perros colgados sobre el pozo, iconos emporcados con excrementos de animales. Fumando sus pipas, los aldeanos seguían sombríamente, con los ojos, el camino de Prischepa. Los cosacos jóvenes se dispersaron por la estepa y llevaron la cuenta de las víctimas. Esta cuenta iba creciendo, el pueblo callaba. Cuando hubo terminado, Prischepa volvió a la vacía casa de sus padres. Colocó los recuperados muebles en el orden que recordaba de su infancia y mandó por vodka. Encerrado en la casa, estuvo dos días bebiendo, cantando, llorando y dando sablazos sobre la mesa. La tercera noche, el pueblo vio humo sobre la isba de Prischepa. Chamuscado, con la ropa desgarrada, Prischepa salió tambaleándose, sacó una vaca del establo, le puso el revólver en la boca y disparó. La tierra giraba bajo sus pies, un círculo de azuladas llamas salía volando por las chimeneas y se desvanecía. Un ternero abandonado gemía en el establo. El incendio resplandecía como un domingo. Prischepa desató el caballo, saltó sobre la silla, arrojó al fuego un mechón de sus cabellos y desapareció.

VIAJERO 1: Además, mi reina, solo puedo decirles que cuanto más extraños son los relatos que escuchábamos, más y mejor podíamos entender no solo cómo eran en realidad las ciudades que atravesábamos, sino también conocíamos mejor el puerto del cual habíamos zarpado, y los sitios familiares de nuestra juventud o los alrededores de nuestra casa donde jugábamos de pequeño, y las gentes que allí vivían, aunque nada tuvieran que ver, en apariencia, con las gentes que íbamos encontrando. Los cuentos no han hecho de nosotros lo que somos, pero sí nos han ayudado a conocernos mejor. Yo no sé si...

REINA (Lo hace callar con gesto de la mano, al tiempo que se levanta): Chambelán, id a por lo han traído los embajadores de mi hermano.

CHAMBELÁN: Pero, majestad... (La reina lo mira fijamente). Sí, majestad, perdonad.

[La reina lentamente desciende del trono, mientras los soldados sujetan a los dos narradores. Con pasos cortos, la reina camina de un lado a otro del escenario a la espera de que el chambelán vuelva. De pronto se para y se dirige hacia los dos narradores. Con un gesto indica a lo soldado que dejen de sujetarlos. Tras unos instantes de silencio, se acerca a ellos.]

REINA: Mi hermano y yo tenemos ciertas discrepancias. Me culpa de algo que yo nunca he hecho y me exige una disculpa pública delante de nuestro patriarca. No entiendo su comportamiento. Sin embargo, no quiero entrar en conflicto con él, pues eso únicamente nos debilitaría a ambos y beneficiaría a nuestros enemigos. Ahora, además, ha decidido volverse críptico y jugar con mi paciencia.

[El chambelán entra con un pergamino en la mano.]

REINA: Mostrádselo.

[El chambelán despliega lentamente y con sumo cuidado el pergamino delante de los dos viajeros. En él se ve un pez que tras huir del pico de un ave cae en una red]

REINA: Miradlo con solicitud, porque en él puede encontrarse la clave de vuestra salvación.

[FIN DEL ACTO II]

ACTO III

[La reina se encuentra al lado de un estanque, en el jardín del palacio, y arroja migas de pan al agua mientras la observa pensativa. Dos guardias custodian la puerta del jardín. De repente, entra el Chambelán que con agitación no disimulada y se dirige hacia donde se encuentra la reina.]

CHAMBELÁN: Mi reina, acaba de llegar a palacio uno de los espías que tenemos infiltrados en la corte de vuestro hermano, y las noticias que aporta son más que preocupantes, creo que...

REINA: (Sin levantar la cabeza, manda callar al Chambelán con un gesto de la mano) Hazlo pasar, veamos cuáles esas noticias tan preocupantes con las que nos regala ahora mi hermano.

[El chambelán ordena a uno de los guardias que hagan pasar al espía, el cual al entrar en la sala ejecuta una amplia reverencia y espera reclinado y en silencio a que se le permita hablar.]

CHAMBELÁN (Ansioso): Vamos, levantad y contadle a la reina las nuevas que me habéis relatado.

ESPIA: Mi reina, como sabéis, llevo varios meses infiltrado en la corte del rey Italo como ayudante de cocina. Poco o nada

relevante había escuchado o visto hasta ayer por la mañana, momento en el que llegó a las cocinas un emisario de la corte del rey Joao para que le sirviéramos, por orden del rey, un refrigerio.

CHAMBELÁN: Habéis oído, Majestad, un emisario de la corte del rey Joao. Lo que nos temíamos está pasando, vuestro hermano está pactando con... (La reina le hace callar de nuevo con un gesto.)

REINA: Decidme, soldado: ¿contó el emisario que yo deba conocer?

ESPÍA: No, mi reina. Solo habló de la comida y de lo duro del viaje de vuelta.

REINA: Sabéis si permaneció el emisario mucho tiempo en palacio.

ESPÍA: No, mi reina, había llegado una hora antes de bajar a las cocinas y, tras abastecerse, partió.

REINA: Podéis retiraros (El espía, tras hacer una sentida reverencia, hace mutis por el foro.). Chambelán, id y decid que traigan a mi presencia a los dos narradores.

CHAMBELÁN: Pero... (la reina lo mira con fijeza, ante lo cual el chambelán se calla.)

[El chambelán sale ostensiblemente disgustado de la sala. La reina vuelve a arrojar migas al estanque. Tras unos instantes, entran los narradores escoltados por dos guardias, quienes, tras ponerlos

de rodilla delante de la reina, retroceden. La reina con un gesto indica a los narradores que se pongan de pie.]

REINA: Contadme, ¿qué habéis deducido del pergamino? ¿Qué mensaje secreto esconde? ¿Con qué intención me lo ha enviado mi hermano?

VIAJERO 1: Majestad, bien sabéis que un texto cualquiera, y esa especie de acertijo lo es, necesita un contexto. Las palabras aisladas nada significan y a los relatos les pasa igual. Es cierto que alguien podría decirnos cuando intentamos explicar un cuento: *¿de dónde sacas esas ideas? Yo solo veo un cuento, una historia, y nada más hay que decir de lo que dice.* Y puede ser cierto: a lo mejor vuestro hermano no quería decirnos nada más allá de lo que decía el texto: un pez puede tratar de huir del pico del ave que lo acaba de atrapar y tener mala suerte y caer en la red de un pescador. Al escribir esa anécdota en un papel y enviároslo, sin embargo, le ha podido conferir un valor que es posible por sí misma no tuviera: el valor de quienes, ante tal hecho, proyectan sobre ella dudas, miedos o resquemores y deciden, de acuerdo con ellos, que contiene un significado que se eleva por encima de la propia historia.

REINA: ¿Queréis decir que mi hermano se burla de mí? ¿Qué sabe que intentaremos descifrar un mensaje oculto que no existe? ¡Qué majadería!, quizás deba prescindir de vosotros y llamar a mis intérpretes de sueños, ello nunca ha dudado en decirme el significado de enigmas o quimeras.

VIAJERO 2: Majestad, hacedlo si lo consideráis, pero no conocemos a vuestro hermano, y no sabemos si posee algún retorcido sentido del humor, o si la relación que con él mantenéis propiciaría algo así. ¿Cómo podemos entonces interpretar su texto si

desconocemos su contexto? Únicamente podemos decir que, en una gran medida, lo que una historia acaba significando depende de los ojos con qué la leemos. Permitid relataros un breve cuento:

Siete habitantes de la Atlántida salen a pasear: un poeta, un pintor, un sacerdote, un bandido, un usurero, un enamorado y un pensador. Llegan a una gruta. "¡Qué lugar más propicio para la inspiración!", exclama el poeta. "¡Qué espléndido tema para un cuadro!", dice el pintor. "¡Qué rincón favorable para rezar!", salmodia el sacerdote. "¡Qué ubicación soñada para un escondite"!, declara el bandido. "¡Es una soberbia caja fuerte!", murmura el usurero. "¡Qué refugio para mi amor!", sueña en voz alta el enamorado. "¡Es una gruta!", agrega el pensador.

REINA: Pero la gruta es una gruta, por más que cada uno la vea según su interés.

VIAJERO 1: Ciertamente, Majestad, como os dice mi compañero no conocemos a vuestro hermano ni el litigio que con él mantenéis; y es difícil, sin esa información, otorgarle el sentido del que él ha querido dotar a su mensaje. Es como si solo oyéramos lo que nos cuenta de la gruta cada uno de los personajes, sin conocer la gruta en sí. Estoy seguro, además, de que el acertijo que os ha enviado puede llegar a tener interpretaciones muy diversas, algunas incluso enrevesadas y desquiciantes, otras sutiles e inteligentes; pero también lo estoy de que seguramente su sentido sea para vos mucho más sencillo de aquel que, a pesar de su buena fe, tiene para muchos de quienes os rodean. Escuchad un instante este antiguo relato que tiene que ver con una reina como vos.

A una bordadora de un país remoto, su reina le encomendó que bordara, sobre seda o satén, una rosa blanca rodeada de hojas. La bordadora, como era muy joven, empezó a buscar por todas partes una rosa blanca perfecta, para bordar la suya a imagen y semejanza de ésta. Pero sucedía que unas rosas eran menos bellas de lo que le convenía, y otras no eran tan blancas como debían. Pasó días y días, horas llorando, para encontrar la rosa que pudiera imitar en seda, y, como en los países remotos nunca deja de haber pena de muerte, ella bien sabía que, según las leyes de los cuentos como éste, no podrían dejar de matarla si no bordaba la rosa blanca.

Al fin, a falta de un remedio mejor, bordó de memoria la rosa blanca que le habían exigido. Después de bordarla, la comparó con las de verdad que hay en los rosales. Sucedió que todas las rosas blancas eran exactamente iguales a la que había bordado, que cada una de ellas era exactamente aquella.

De modo que llevó su labor a palacio y es de imaginar que se casaría con el príncipe.

En el fabulario en el que está escrita, esta fábula no tiene moralidad. Precisamente, porque en la edad de oro, las fábulas no tenían moralidad.

REINA: Insinuáis entonces que mi hermano, a quien conozco bien y sé que no es persona de grandes sutilizas ni metáforas, ya me sorprende que haya enviado este pergamino, ha querido decirme de esa manera simplemente que escapar de un enemigo puede no salvarnos, pues otros enemigos nos acechan y pueden acabar con

nosotros, y de ese modo, en el fondo, lo que está haciendo es darme la razón, por fin, a lo que tantas veces he intentado hacerle comprender. Aunque, eso sí, renuncie a reconocerlo directamente,

VIAJERO 2: Majestad, nadie soy para aseverar tal cosa. Tal solo me limito a indicaros mi imposibilidad de llevar a cabo una interpretación que pueda definirse como única y verdadera. Incluso podría decirnos que existen lecturas de los cuentos según quiénes lo lean (y, como os decía, dónde y en qué momento lo hagan). Había un cuento que hablaba de una niña y un lobo que la engaña para comérsela y para unos se trata de un relato que enseña a los niños a no fiarse de los desconocidos y para otros nos habla del modo en que las jovencitas deben cuidarse de los libertinos. ¿Cuál es la interpretación verdadera?

VIAJERO 1: Lo único que podemos decir es que cualquier cuento posee unos significados en su superficie y otros sumergidos que hemos de ser capaces de encontrar, y que guardan relación con el contexto, sí; pero también con la intención del que lo cuenta, una intención que, a veces, cuesta desentrañar. Recuerdo un cuento que llegado de oriente decía:

Un samurái se presentó un día ante un maestro zen y le preguntó: - ¿Maestro, existe realmente un infierno y un paraíso? El monje observó un momento a su interlocutor. - ¿Quién eres tú? -le preguntó. - Soy samurái. - ¿Tú, un samurái? ¿Qué señor te querría a su servicio? ¡Tienes el aspecto de un mendigo! La ira se apoderó del guerrero. Asió su sable y lo desenvainó. El monje prosiguió: - Ah! ¡Tienes una espada! ¡Pero tú eres seguramente demasiado torpe y demasiado inexperto para cortarme la cabeza! Fuera de sí,

el samurái lanzó un grito y blandió su sable, dispuesto a atacar. Sin embargo, tuvo un momento de duda y en ese instante el monje anunció con voz tranquila: - Aquí se abren las puertas del infierno. El guerrero, sorprendido, envainó la espada y se inclinó. - Aquí se abren las puertas del paraíso -le dijo entonces el maestro.

REINA: Pero, entonces, si esa es la intención de mi hermano al enviar el mensaje: ¿por qué no me lo comunica directamente? Sería mucho más fácil solicitar una reunión y darme la razón de una vez por todas y dejarnos de necesidades.

VIAJERO 2: No lo sé, Majestad, lo único que sé es que, si hay una emoción poderosa, esa es el orgullo.

VIAJERO 1: Es, además, una emoción que está directamente relacionada con la autoestima, por eso cuando esta se ve dañada por el motivo que sea, aquel se despierta como una coraza. También sobre eso nos hablan los cuentos. Dejadme que os cuente un último relato, quizás os ayude a decidir qué hacer con vuestro hermano.

Cuentan que un rey tuvo el siguiente sueño. Creyó que vagaba por un bosque oscuro, lleno de frutos extraños y de lindas flores venenosas. Los áspides silbaban a su paso, y los loros relucientes volaban, gritando de rama en rama. Enormes tortugas yacían dormidas sobre el barro caliente. Los árboles estaban llenos de monos y de pavos reales.

Caminó largo tiempo hasta llegar a la salida del bosque, y allí vio una inmensa multitud de hombres que trabajaban

en el lecho de un río seco ya. Llenaban la tierra como hormigas. Abrían hoyos profundos en el suelo y descendían a ellos. Unos rompían las rocas con grandes hachas; otros escarbaban en la arena. Arrancaban de raíz los cactus y pisoteaban las flores de color escarlata. Se movían a prisa, daban voces y ninguno estaba ocioso.

Desde la oscuridad de una caverna la Muerte y la Avaricia los observaban, y la Muerte dijo:

-Estoy cansada, dame una tercera parte de ellos, y déjame ir.

Pero la Avaricia movió la cabeza negativamente:

-Son mis siervos -dijo.

Y la Muerte le preguntó:

-¿Qué tienes en la mano?

-Tengo tres granos de trigo -contestó la Avaricia;- ¿qué te importa?

-Dame uno de ellos -dijo la Muerte- para plantarlo en mi huerto; uno solo de ellos, y me iré.

-No te doy nada -dijo la Avaricia, y escondió la mano en los pliegues de su vestidura.

Y la Muerte lanzó una carcajada, y tomó en sus manos una taza y la introdujo en un charco de agua, y de la taza se levantó la Fiebre Palúdica. Con ella atravesó por entre la multitud, y la tercera parte de ellos quedaron muertos. Fría niebla la seguía, y las serpientes de agua corrían a su lado.

Y cuando la Avaricia vio que morían tantos hombres, se dio golpes de pecho y lloró. Golpeó su pecho estéril y dio voces.

-Has matado la tercera parte de mis siervos -gritó. ¡Vete! Hay guerra en los montes de Tartaria, y los reyes de cada facción te llaman. Los afganos han matado el toro negro y marchan al combate. Pegan en sus escudos con sus

lanzas, y se han puesto los yelmos de hierro. ¿Qué tiene mi valle que en él te detienes tanto tiempo? Vete y no vuelvas más.

-No -respondió la Muerte-, no me iré mientras no me des el grano de trigo.

Pero la Avaricia cerró la mano y apretó los dientes:

-No te doy nada -murmuró.

Y la Muerte lanzó una carcajada, y tomó en sus manos una piedra y la lanzó al bosque, y de la maleza de cicutas silvestres salió la Fiebre en traje de llamas. Atravesó la multitud y tocó a los hombres, y murió cada hombre a quien ella tocó. La hierba se secaba bajo sus pies.

Y la Avaricia tembló y se echó ceniza sobre la cabeza.

-Eres cruel -gritó-, eres cruel. Hay hambre en las amuralladas ciudades de la India, y las cisternas de Samarcanda se han secado. Hay hambre en las amuralladas ciudades de Egipto, y las langostas vienen del desierto. El Nilo no ha rebasado sus orillas, y los sacerdotes maldicen a Isis y a Osiris. Vete adonde te necesitan, y déjame mis siervos.

-No -respondió la Muerte-; mientras no me hayas dado un grano de trigo, no me iré.

-No te doy nada -dijo la Avaricia.

Y la Muerte lanzó otra carcajada y silbó por entre los dedos, y por el aire vino volando una mujer. El nombre de Peste estaba escrito sobre su frente, y una multitud de buitres flacos volaba en torno suyo. Cubrió el valle con sus alas, y ningún hombre quedó vivo.

Y la Avaricia huyó gritando a través del bosque y la Muerte subió sobre su caballo rojo y partió al galope, y su galope era más rápido que el viento. Y del limo, en el fondo del valle brotaron dragones y seres horribles con escamas,

Eufemia o el país donde no existían los cuentos

y los chacales llegaron trotando por entre la arena, olfateando el aire.

EPÍLOGO

[Tras oír el relato la reina permaneció en silencio largo minutos. Tras ese tiempo, mando llamar al Chambelán y le pidió que la acompañara. Al día siguiente envió el siguiente relato a su hermano.]

REINA (En off):

No hace mucho tiempo, dos hermanos que vivían en granjas adyacentes empezaron a discutir. Ésta fue su primera discusión seria que tenían en 40 años de cultivar juntos hombro con hombro, compartiendo maquinaria e intercambiando cosechas y bienes de forma continua. Esta larga y beneficiosa colaboración terminó repentinamente. Comenzó con un pequeño malentendido y fue creciendo hasta llegar a ser una diferencia mayor entre ellos, hasta que explotó en un intercambio de palabras amargas, seguido de semanas de silencio. Una mañana alguien llamó a la puerta del hermano mayor. Al abrir la puerta, encontró a un hombre con herramientas de carpintero. "Estoy buscando trabajo por unos días", dijo el extraño, "quizás usted requiera algunas pequeñas reparaciones aquí en su granja y yo pueda ser de ayuda en eso". "Sí", dijo el mayor de los hermanos, "tengo un trabajo para usted. Mire al otro lado del arroyo aquella granja, ahí vive mi vecino, bueno, de hecho, es mi hermano menor. La semana pasada había una hermosa pradera entre nosotros y él cogió su tractor y desvió el cauce del río para que quedara entre nosotros. Bueno, él pudo haber hecho esto para enfurecerme, pero le voy a hacer una mejor. ¿Ve usted aquella pila de desechos de madera junto al granero? Quiero que construya una cerca, una cerca de dos metros de alto, no quiero verlo nunca más." El carpintero le dijo: "Creo que comprendo la situación. Muéstreme donde están los clavos y la pala para hacer los hoyos de los postes

y le entregaré un trabajo que lo dejará satisfecho." El hermano mayor le ayudó al carpintero a reunir todos los materiales y dejó la granja durante todo el día para ir al pueblo a por comida. El carpintero trabajó duro todo el día midiendo, cortando, clavando. El granjero regresó cuando se acercaba la noche, el carpintero justo había terminado su trabajo. El granjero quedó con los ojos completamente abiertos y la boca abierta. ¡No había ninguna cerca de dos metros! En su lugar había un puente. ¡Un puente que unía las dos granjas por encima del río! Era un bonito puente con pasamanos. En ese momento, su vecino, su hermano menor, vino desde su granja y abrazando a su hermano le dijo: "Eres un gran tipo, ¡mira que construir este hermoso puente después de lo que he hecho y dicho!". Estaban en su reconciliación los dos hermanos, cuando vieron que el carpintero tomaba sus herramientas. "¡No, espera!", le dijo el hermano mayor. "Quédate unos cuantos días. Tengo muchos proyectos para ti", le dijo el hermano mayor al carpintero. "Me gustaría quedarme", dijo el carpintero, "pero tengo muchos puentes que construir".

MAESTRO DE CEREMONIAS (Dirigiéndose al público): Cuenta las crónicas que solo una ciudad rivalizaba en el mundo con Eufemia en el arte de sus contadores de cuentos, una ciudad en cuya plaza se alza una hermosa estatua de dos contadores de cuentos, aunque antaño fuera famosa por ser lugar prohibido a las historias. Cuentan también que en sus mejores años, la reina descendía con su corte a la plaza principal, donde todas las noches se juntaban decenas de contadores de cuentos que relataban sus historias

Eufemia o el país donde no existían los cuentos

junto a encantadores de serpientes, danzantes, acróbatas vendedores de zumos de fruta, pasta de sésamo, de cúrcuma y almizcle...y que, a veces, la propia reina, en medio de ese caleidoscopio infinito de relatos y personas que se juntaban abarrotando la plaza y sus callejas adyacentes, contaba historias hasta muy entrada la noche. Esto fue así durante muchos años, hasta que un día subió al trono un rey que ... Pero esto, es otra historia.

TELÓN

REFERENCIAS

ACTO I

- ✓ "Eufemia" en *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino.
- ✓ *La ciudad dentro de un melón*. Cuento popular.
- ✓ ¿Destino o libre albedrío? Cuento zen, recogido por Ramiro Calle en *Cincuenta cuentos para meditar y regalar*, Ed. Sirio.
- ✓ *El cuervo y el búho*. Fábula popular.
- ✓ *Los ciegos y el elefante*. Fábula popular oriental.
- ✓ *Los pumas de piedra o el nacimiento del lago Titicaca*. Leyenda quechua.
- ✓ *La rana y el escorpión*. Fábula atribuida a Esopo.
- ✓ *Los dos amigos y el oso*. Fábula de Félix María Samaniego

ACTO II

- ✓ *El cuento de nunca acabar*, cuento popular
- ✓ *El cuento del gallo Capón*, Gabriel García Márquez, en <https://ciudadseva.com/texto/el-cuento-del-gallo-capon/>

Eufemia o el país donde no existían los cuentos

- ✓ *La oveja negra*, de Augusto Monterroso
- ✓ *Leyenda de Damón y Pitías*, leyenda de Siracusa
- ✓ *Prischepa*, de Isaac E. Bábel (Ucrania, 1894-1940)

ACTO III

- ✓ *El lenguaje*, un cuento de Kostas Axelosen
<https://www.zendalibros.com/el-lenguaje-un-cuento-de-kostas-axelos/>
- ✓ *Fábula*, de Fernando Pessoa, en <https://e-kuoreo.blogspot.com/2011/07/24-fernando-pessoa.html>
- ✓ *Las puertas del infierno y del paraíso*. Cuento zen. Anónimo
- ✓ *El joven rey*, de Óscar Wilde, en <https://ciudadseva.com/texto/el-joven-rey>
- ✓ *Construir puentes*, cuento popular, en <https://www.hermanoscapuchinos.org/docs/Vocaciondoc/53/relato.pdf>